

no como el agua de un torrente, sino como la de un lago; alegre sin embargo, pero alegre con ese gozo interior que no tiene necesidad para ser completo, ó mas bien para aturdirse, de una manifestacion bulliciosa. Todo pueblo que se divierte con gran ruido, es un pueblo que sufre.

El espectáculo en sí mismo, no habia durado cinco segundos, y sin embargo, la ciudad se habia molestado para asistir á él. Es que, como ya hemos dicho, todo es pretexto para divertirse en Florencia. Se divierten allí mas con el placer que se tendria ó se debiese haber tenido, que con el placer que se tiene.

El día se terminó por la Pergola para la aristocracia, por el *cocomero* para los ciudadanos, y por el teatro de Borgo-Ognisanti y de la Plaza Vieja para el pueblo.

Hubiesen estado bien al día siguiente y al otro algunos ratos de fiesta, como despues de los temblores de tierra el suelo se estremece todavia algun tiempo; pero al instante todo volvió á su estado ordinario: en fin, los grandes calores de julio llegaron, y cada uno se marchó á tomar las aguas de Luca, de Via-Reggio ó de Monte-Cattini.

II
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PALACIO PITTI

Desgraciadamente, como estábamos lejos de haber concluido nuestras exploraciones, interrumpidas por las fiestas de San Juan, forzoso nos fué quedarnos todavía. Dimos á nuestros conocimientos florentinos cita para las aguas de Monte-Cattini: despues les deseamos un viage feliz, y ellos que nos divirtiésemos.

Nuestra primera excursion fué al palacio Pitti.

El palacio Pitti, residencia habitual del gran duque, está situado como nuestro Luxemburgo, con el que tiene alguna semejanza, en la otra márgen del Arno. Se va á él por el Puente Viejo, siguiendo el pasaje de que he hablado, y que el gran duque Cosme, en su amor por la antigüedad, hizo construir por el modelo del que, segun

15327

Homero, unía el palacio de Hector al palacio de Priamo.

El Puente Viejo, construido por Tadeo Gaddi, data de 1345: reemplazó á las ruinas del antiguo puente construido por los romanos. Está, menos la porcion de en medio, abierta de dia, ocupado de un extremo al otro de tiendas, que una órden del comandante del distrito, dada en 1594, reserva á los plateros. Esta órden subsiste hoy en toda su fuerza. Solo que cuando se piensa que es de esos talleres de donde salieron los Brunelleschi, los Ghiberti, los Donatello y los Benvenuto Cellini, se encuentra á sus descendientes, miserables obreros sin gusto y sin genio, muy degenerados de sus sublimes antepasados. Felizmente al extremo del puente la vista fatigada con tanta quincallería de oro, descansa en el Hércules y el Centauro, uno de los mas lindos grupos de Juan de Bolonia, que ejecutado en 1600, termina por una obra maestra el siglo XVI, aquella era de las obras maestras.

Bajando por el malecon, se halla la via Maggio, que contiene dos recuerdos bastante curiosos. El primer recuerdo histórico es conocido de todo el mundo: es la encantadora casa habitada por Bianca Capello cuando el gran duque, habiendo dado el empleo de gefe del guardarropa á su marido, resolvió, para librarse de esas largas expediciones nocturnas de que hemos visto le reprendía su padre, aproximar su querida al palacio Pitti. Se le conoce por los encantadores frescos que le adornan, por las armas de los Médicis esculpidas en su fachada, y por esta inscripcion grabada en una lápida de mármol blanco:

Bianca Capello,

Prima che fosse moglie á Francesco

primo dei Médicis,

Avito questa casa, chel ella si edificava nel 1566.

El segundo recuerdo, enteramente artístico, desapareció con los dos personajes á los cuales se refiere, y no vive sino tradicionalmente en la memoria de los poetas, hele aqui:

Era hácia el fin del otoño del año 1573. Un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años estaba de pie á la puerta de su casa, situada en la via Maggio (1) cuando vió venir hácia él un jóven buen mozo de veinte y nueve á treinta años, montado en un caballo ricamente enjaezado, que manejaba como verdadero hombre de guerra. Llegado en frente de él, el jóven se detuvo, le miró un instante como para asegurarse de que no se engañaba: despues se apeó y se fué hácia él:

— ¿No sois, le preguntó, Bernardo Buontalenti, el maravilloso arquitecto cuyo genio creador ha descubierto esas bellas tramoyas teatrales con ayuda de las que se acaba de representar en esta ciudad la *Aminta* de Torquato?

— Si, respondió aquel á quien se habia hecho la pregunta en términos tan lisonjeros: sí, yo soy Bernardo Buontalenti. Solo que, confesando que es así como me llamo, no puedo aceptar los elogios exagerados que vuestra galanteria quiere conceder á mi nombre.

Entonces el jóven, con una dulce sonrisa, se aproximó á él, y echándole los brazos al rededor de su cuello, le abrazó y le oprimió contra su corazon: despues como el otro admirado de esta demostracion amistosa, parecia ver si en la fisonomia del viagero encontraba algunos rasgos que le recordasen un conocimiento antiguo:

(1) Al estremo de la calle dei Marsili, del lado de Oriente. Es la misma en la que se encuentran todavia restos de pinturas ejecutadas por el Poratti.

— Sois Bernardo Buontalenti, dijo de nuevo el joven, y yo, yo soy el Tasso, venido espresamente de Ferrara para veros y abrazaros. Adios, hermano.

Y diciendo estas palabras, montó el joven sobre su caballo, y haciendo una última señal de despedida á Bernardo Buontalenti, se alejó al galope, y desapareció bien pronto por el extremo de la via Mazetta.

Esta fué la única vez que se vieron el poeta y el arquitecto, lo que no impidió que se conservasen una mútua y eterna amistad.

A algunos pasos del lugar donde acaeció esta escena, se levanta el palacio de Lucca Pitti, mas imponente por su mole, que notable por su arquitectura.

Felipe Strozzi el Antiguo, habia hecho edificar, como ya hemos dicho, cerca de la plaza de la Trinidad, un palacio que por su forma, su mole y su solidez, fuese la admiracion de Florencia. Lucca Pitti tuvo envidia por esto; sobrepujando en esta época á Strozzi en riquezas, quiso sobrepujarle en magnificencia. Hizo venir á Brunelleschi, al que la cúpula del Domo acababa de hacer el primer arquitecto del mundo, y le dijo que queria un palacio cuyo patio pudiese contener con comodidad el palacio Strozzi. Brunelleschi puso manos á la obra, y algunos dias despues presentó á su opulento patron un plano que fué aprobado y que se comenzó al momento á poner en ejecucion.

Esto pasaba hácia 1440, sobre poco mas ó menos. Habia entonces una oposicion en Florencia, y Lucca Pitti era el jefe de ella, y cuyo blanco era Pedro el Gotoso. Colocado entre Cosme el Grande, que acababa de morir, y Lorenzo el Magnífico, que acababa de nacer; perdido en la sombra de sus cálculos, hundido en la noche de sus ágios mercantiles, retenido por sus dolencias en una ú otra de sus infinitas villas, Pedro de Médicis es la som-

bra que hace resaltar los dos grandes hombres entre los cuales se habia oscurecido: la oposicion era, pues, de moda contra él, y Lucca Pitti debia su crédito, su fortuna y su popularidad á su titulo de jefe de esta oposicion.

Asi, cuando anunció su intencion de hacer edificar un palacio que oscureciese á los otros palacios por su arquitectura, é hiciese sombra al bello palacio de Cosme el Antiguo, y al sombrío palacio de Strozzi, todas las simpatías fueron para él. Los ricos le ofrecieron sus haciendas, y los pobres sus brazos; y no tuvo sino escoger á los que su orgulloso capricho quiso elegir; y gracias al crédito inagotable de sus prestamistas, y á la fuerza cada vez mayor de sus obreros, el maravilloso palacio dirigido por su sublime arquitecto, salió de la tierra con la rapidez de una construccion encantada.

Pero llegó un bello dia en que aquella oposicion encarnizada de Lucca Pitti pareció desmayar. Cuando se hace uno jefe de partido, no se pertenece ya á sí mismo, se convierte en la cosa, la propiedad, el instrumento de su partido. Deste este momento, si no se tiene el genio de Cromwel ó la energia de Napoleon, es preciso abdicar toda opinion personal, dejarse arrastrar por aquel poder superior que se sirve de nosotros como de un ariete, bate las murallas con nuestra frente, y ó remueve el obstáculo, ú nos estrella contra él. Lucca Pitti tuvo miedo de ser estrellado, y un dia se esparció el rumor de que habia hecho traicion á la república, y pactado con el poder que queria destruir.

Desde entonces Lucca Pitti fué perdido, los tesoros que le habian sostenido se cerraron, los brazos que le servian, se armaron contra él. Se exigió de su caja el reembolso al contado de todo lo que se le habia prestado: sus acreedores tuvieron en sus procedimientos

esta exigencia odiosa, que caracteriza los pleitos mercantiles. Los nuevos depósitos faltaron: el activo, aunque sobrepujaba en mucho al pasivo, no pudo hacerle frente inmediatamente. La obra se interrumpió cuando iban ya construídas las tres cuartas partes. El crédito de la casa que descansaba en dos siglos de lealtad, se hundió, como si aquel vaso de oro hubiese sido de barro. Los sucesores de Lucca Pitti descendieron desde el tormento á la miseria: en fin, su sobrinito Juan, se vió obligado á vender el palacio, por la ruina de su antepasado, á Cosme I, que acababa de subir al trono, y que habiéndole comprado con todas sus dependencias por nueve mil florines de oro, es decir, cien mil francos poco mas ó menos de nuestra moneda, lo constituyó en dote para Leonor de Toledo su mujer.

Desde entonces, el palacio Pitti abandonado hacia cerca de sesenta años, y pareciendo las ruinas de su edificio sin concluir, comenzó á tomar vida. Nicolo Braccini, por sobrenombre el Tribolo, continuó la obra que Brunelleschi, muerto en 1446, habia dejado empujada; fué diseñado el jardín Boboli, se sacó partido de los accidentes del terreno, bosques se elevaron sobre sus montañas, fuentes corrieron en sus valles; en fin, en 1555, es decir, seis años despues de ser propiedad de Cosme el Grande, el palacio Pitti, que habia conservado su primer nombre, se halló en estado de recibir á los diputados sieneses que llevaban á Cosme el tratado de capitulación de su ciudad.

Era un gran negocio para Cosme la sumision de Siena, aquella eterna rival artistica, comercial y política de Florencia. Siena disputaba á Florencia el renacimiento de la pintura. Siena tenia su domo de mármol rojo y negro, que competia con la obra maestra de Brunelleschi, Siena habia ganado la famosa batalla de Monteperto, que ha-

bia puesto á Florencia á dos dedos de su perdicion; Siena en fin, guardaba todavia en su palacio popular el carroccio de Florencia, trofeo de aquel gran desastre. Pero todo este pasado desaparecia ante este hecho presente: Siena humillaba su frente hasta el polvo: Siena deponia á los pies del gran duque su coronal mural: Siena, de reina se convirtió en esclava; la república se hacia provincia: y gracias á esta annexion de territorio en medio de la nueva formacion de los Estados de Europa que empezaban á organizarse, la Toscana subia casi al rango de potencia de segundo orden.

Por tanto, hubo grandes fiestas en el palacio Pitti, con motivo de la capitulación de Siena.

Tres años despues, Cosme que estaba en su periodo de fortuna, celebró en el palacio Pitti el matrimonio de su hija Lucrecia con el príncipe Alfonso de Este, primo génito del duque de Ferrara.

Esta fué aquella Lucrecia de la que hemos hablado con ocasion del Palacio Antiguo, y de la que, al cabo de tres años se supo su muerte. Los historiadores creen que sucumbió de una fiebre pútrida. El pueblo, con ese instinto de verdad que le engaña rara vez, referia que su marido la habia asesinado en un arrebato de celos. La tradicion popular está sobre el relato de los historiadores.

Este matrimonio que terminó las disputas de sitio preferente entre las casas de Este y de Médicis, habia sido celebrado, sin embargo, bajo ricos auspicios; magníficos bailes se dieron en esta ocasion en el palacio Pitti, y en una tertulia hubo una mascarada tan magnífica, que los historiadores no creyeron su descripción indigna de su pluma: es verdad que cuando los historiadores tienen que escribir la vida de los tiranos, las tres cuartas partes de su obra están destinadas casi siempre á la relacion de sus fiestas.

Esta mascarada se componia de cinco cuadrillas de doce personas cada una; la primera cuadrilla representaba doce príncipes indios; la segunda doce florentinos vestidos á la usanza del siglo XIII; la tercera doce gefes griegos; la cuarta doce emperadores; y en fin, la quinta doce peregrinos. Se habian reservado estos para lo último como lo mas rico. En efecto, cada peregrino iba revestido de una túnica de tela de oro, cuya esclavina estaba toda guarnecida de conchitas de plata, en el fondo de las que estaban incrustadas verdaderas perlas.

El mismo año se celebró tambien en aquel palacio el matrimonio de Isabel, aquella otra hija de Cosme, tan ardiente y singularmente amada por su padre, y que estuvo en poco, durmiendo en el gran salon del palacio antiguo, que costase la vida á Vasari. Esta tambien tenia un horóscopo funesto, y debia ser asesinada. Su marido era Pablo Giordano Orsini, duque de Bracciona. Recuérdese que la estranguló con una cuerda oculta bajo la almohada conyugal despues de una partida de caza en su isla de Ceritto.

Hácia esta época fué cuando, para hacer el palacio Pitti, cada vez mas digno de los grandes sucesos que alli acaecian, el gran duque Cosme mandó hacer por el Ammianato aquel magnifico patio dentro del cual, segun la orgullosa presuncion de su primer propietario, debia caer con holgura el palacio Strozzi. En efecto, este patio, tiene él solo, en cada una de sus fachadas, tres pies mas de largo que la fachada correspondiente del palacio que estaba destinado á encerrar como en un cofre de granito.

Leonor de Toledo, á cuyo nombre habia comprado Cosme el palacio Pitti, murió á su vez, ya se sabe cómo, en seguida de la muerte de sus dos hijos, asesinados el uno por su hermano, y el otro por su padre. Cosme

trató de consolarse de esta terrible desgracia con un nuevo amor: y cansado del poder, fatigado de la política, abandonó á su hijo Francisco el gobierno de sus estados, siempre dispuesto sin embargo, á intervenir en él, si aquel se separaba demasiado de los ejemplos paternos.

La primera de sus queridas, fué entonces Leonor de Albeizzi. Este amor inquietaba al jóven gran duque Francisco que debia dar bien pronto el ejemplo de un amor aun mas estraño todavía. Colocó como espia cerca de su padre á un ayuda de cámara llamado Sforza Almeni, que le daba cuenta diaria de la influencia progresiva que adquiria Leonor sobre su amante. Desgraciadamente para el pobre Almeni, el anciano Cosme se aperció de este doble oficio que desempeñaba su ayuda de cámara cerca de él. Cosme no transigia con sus odios, ni contemporizaba con sus venganzas: seguro de la traicion de su criado, le llamó, y sin levantarse del sillón donde estaba sentado, sin reprenderle lo mas mínimo, como si juzgase la justificacion del reo inútil á los ojos mismos de la víctima, le hizo seña de que le alcanzara su puñal que estaba sobre una mesa: y como Sforza Almeni se le presentara teniendo la vaina, le cogió por el puño, y le hirió con la hoja con un golpe tan certero y profundo, que el ayuda de cámara cayó muerto sin exhalar un grito. Cosme llamó entonces otra vez, é hizo sacar el cadáver. Esto aconteció en el palacio Pitti el 22 de mayo de 1566.

Pero sea que Leonor de Albizzi hubiese cesado de agradar á Cosme, sea que este episodio de su amor le hubiese producido algun resfriamiento, hizo desposar á su querida con Carlos Panciaticci, y dirigió sus ojos á otra jóven llamada Càmila Martelli.

Esta fué al anciano Cosme, lo que madama Maintenon

fué al anciano Luis XIV. A pesar de la oposicion de su nobleza y de su familia, Cosme, una noche se casó en la capilla del palacio Pitti; pero familia y nobleza se consolaron sabiendo, que por un artículo del contrato de matrimonio, Cosme privaba á su mujer del derecho de tomar el título de gran duquesa.

Cosme no sobrevivió sino cuatro años á este matrimonio, y murió en el palacio Pitti el 21 de Abril de 1574, á la edad de cincuenta y cinco años: habia reinado treinta y siete.

Apenas murió el gran duque, su viuda recibió órden de abandonar el palacio, y retirarse al convento de la Murate. Pero como esta residencia la desagradaba, y lloraba allí noche y dia, se le dió á escoger otro monasterio; entonces escogió el de Santa Mónica donde habia sido educada, y donde murió, despues de haber pagado casi con veinte años de reclusion, el honor de haber sido dos años la querida y cuatro la mujer de Cosme I.

Los dos conventos que acabamos de citar no existen ya: suprimidos por un decreto de 1808, no se han vuelto á abrir.

Tres años despues de haber sido testigo de la muerte de Cosme el palacio Pitti, lo fué del nacimiento de su nieto. El 20 de Mayo de 1577, Juana de Austria, casada con el gran duque Francisco, dió á luz un archiduque que no debia vivir sino algunos años. Su venida al mundo fué la señal de una gran fiesta: se arrojaron por las ventanas del palacio Pitti grandes cantidades de oro al pueblo: despues, delante del terrado que conduce allí, se llevó tan grande cantidad de toneles de vino: que al abrir las espitas, los caños de liquido que no se pudieron recoger, se corrieron hasta el Puente Viejo.

Resultó de aquí que el buen pueblo florentino, en su embriaguez, quiso que aun los mismos sentenciados

participasen de la alegría general. En consecuencia corrió á las prisiones de los Stinche, de las que derribó las puertas. Los presos se aprovecharon de ello, como se comprende bien, no para brindar con sus libertadores, sino para ganar las fronteras.

Tambien fué en el palacio Pitti, donde murió la pobre duquesa Juana, abandonando el trono á su rival Bianca Capello, que á poco mas de un año, el 18 de Junio de 1579, se casó con el gran duque Francisco en la misma capilla en que Camila Martelli se habia desposado con Cosme.

Despues de las fiestas del matrimonio del gran duque Francisco, vinieron las del de su hija Leonor, que se casó con don Vicencio Gonzaga, hijo del duque de Mantua. Esta vez fueron tan notables las fiestas, que hicieron desbordarse á la ciudad. Uno de los episodios de estas fiestas fué un famoso combate á pedradas que tuvo lugar en la Via Larga, y para la ejecucion del cual se dividió Florencia en dos campos: el uno mandado por Averard de Médicis, el otro por Pedro Antonio de los Bardi. Cada uno de los dos bandos tenia su música al sonido de la cual vinieron á las manos con tal encarnizamiento que, á pesar de las corazas de que estaban cubiertos los combatientes, al cabo de media hora muchos de ellos estaban gravemente heridos. La nueva de este suceso llegó al palacio Pitti en medio de los placeres de otro género que el gran duque ofrecia á sus huéspedes. Mandó al punto que partiese al galope un cuerpo de caballería, y separase á los dos ejércitos: era tiempo, puesto que no se limitaban ya á las piedras, y comenzaban á tirar de las espadas: de modo que la caballería tuvo mucho que trabajar para cumplir la órden que se le habia dado. Hecha la cuenta, hubo, tanto en el bando de Averard de Médicis como en el de Antonio Bardi,

veinte y siete heridos, de los que murieron siete á consecuencias de las heridas. Además, de los curiosos, once personas murieron; pero de estas nadie se inquietaba porque eran del populacho. Florencia la republicana, como se vé, habia dado grandes pasos hácia la aristocracia.

Hemos dicho como el gran duque Francisco y Blanca Capello, muertos de la misma enfermedad, habian dejado el trono al cardenal Fernando, el cual habia colgado muy pronto sus hábitos, y se habia desposado con María Cristina de Lorena. Los nuevos esposos recibieron la bendición nupcial de mano del arzobispo de Pisa, en la capilla del palacio Pitti, que en cincuenta años habia visto tantos matrimonios y tantas muertes, tantas fiestas y tantos duelos.

La noche del 11 de Mayo de 1589, vinieron los regocijos conyugales del nuevo duque á sobrepujar todas las magnificencias de sus predecesores. Buontalenti, altivo todavía con los abrazos del Tasso, era el encargado de la direccion de aquellas fiestas, y el que habia prometido que sobrepujarian á las otras.

En efecto, he aquí lo que los elegidos para esta gran tertulia pudieron ver en medio de su profunda admiración.

Desde luego fueron introducidos en el famoso patio, obra maestra del Ammanato, el cual estaba como un circo antiguo cubierto de un toldo de tela encarnada, y rodeado de gradas, escepto en el sitio que da al jardín, donde habia una gran fortaleza guardada por soldados turcos. Cada uno ocupó su lugar en las gradas, así como las ventanas del palacio, y á la señal hecha con un cañonazo, á la luz de una iluminación como de día, se vió entrar un gran carro triunfal en el que iba un nigromántico que, despues de hacer en medio del

circo muchos encantamientos, se adelantó hacia la gran duquesa y la recitó su horóscopo. Este horóscopo, como se comprenderá, era una interminable sucesión de alegrías y felicidades que, al contrario de las predicciones de este género hechas á los príncipes, se realizó.

Despues del carro del nigromántico, vino otro carro tirado por un dragon, del cual descendieron al momento dos caballeros armados de punta en blanco, y montaron sobre dos caballos cubiertos de hierro como ellos: iban acompañados de una banda de música, que mientras ellos se aprestaban al combate qui iba á verificarse, fueron á colocarse bajo el balcon ocupado por la gran duquesa, y le dieron un magnífico concierto.

Acababan de salir los dos carros para despejar el patio, cuando se vió entrar una máquina que representaba una montaña: esta máquina parecia moverse sola, y era imposible descubrir el secreto de su locomoción: llegada en medio del circo se abrió paso á otros dos caballeros, armados como los primeros, y que eran el duque de Mantua y don Pedro de Médicis. Al punto comenzó la justa entre los cuatro combatientes, y no fué interrumpida sino por la aparición de una segunda montaña, tirada por un cocodrilo gigantesco que conducia un mago, y que era seguido de un carro antiguo, sobre el cual estaba de pie don Virginio Orsini, vestido de dios Marte, teniendo cerca de él ocho bellas jovencitas vestidas de ninfas llevando en la mano cestas llenas de flores, de las que cubrieron á la gran duquesa y las damas de su comitiva, y todo esto cantando un epitalimio en loor de los augustos esposos.

En fin, concluyó esta nueva diversion, y se vió adelantarse un jardín que, despues de encogerse para pasar por la puerta, se estendió todo lo largo del patio, des-

plegando, á medida que se estendia, lagos con sus lanchas, castillos con sus habitantes, fuentes con sus náyades, grutas con sus ninfas, y en fin, bosques poblados de pájaros domesticados que se pusieron á cantar, tomando la luz de la iluminacion por la del sol. Despues, cuando los espectadores maravillados gozaron una media hora de este maravilloso espectáculo, el jardin comenzó á volverse á encoger, contrayéndose á medida que se encogia, sus bosques, sus grutas, sus fuentes, sus castillos y sus lagos, hasta que reducido á su grandor primitivo, salió por la puerta que le habia dado entrada.

Entonces la justa volvió á comenzar, y al cabo de una media hora fué interrumpida de nuevo; pero esta vez por un magnífico fuego artificial que esparció una gran claridad por todas las aberturas de la fortaleza turca, que esperando fuese sitiada, anunciaba á los espectadores que las diversiones de la noche no estaban todavía terminadas. En efecto, apagado el último cohete, se abrieron las gradas, y por escaleras ocultas en lo interior, dieron paso á los que las cubrian hasta las salas bajas del palacio, donde estaba preparada una cena para tres mil personas. Terminó la cena, y hácia media noche se invitó á los convidados á volver á ocupar las gradas.

Pero la admiración fué grande y general cuando se vió que el aspecto del patio habia cambiado enteramente: en efecto, representaba esta vez la mar y en ella diez y ocho galeras de diversos tamaños ocupadas por un ejército de caballeros cristianos, que formaban una armada para conquistar la fortaleza turca, á imitacion de los héroes que acababa de inmortalizar Torcuato Tasso en su *Jerusalen Libertada*.

Entonces comenzó el asalto con todas las astucias del

ataque, y todos los recursos de la defensa, una y otra iluminada por un fuego artificial continuo, y salvas no interrumpidas de infantería. En fin, media hora despues de este combate terrible, en el que sitiados y sitiadores dieron pruebas del ánimo mas esforzado, la fortaleza fué tomada, y la guarnicion amenazada de ser pasada á cuchillo, se puso á merced de las damas, que pidieron y obtuvieron su perdon.

Estas fiestas duraron un mes, sobre poco mas ó menos. Durante un mes dos mil personas casi fueron alimentadas y alojadas en el palacio Pitti; y se encontró en los libros de gasto del gran duque, que durante aquel mes se habian bebido nueve mil toneles de vino, convertido en pan siete mil doscientos ochenta y seis sacos de trigo, quemado setecientos setenta y ocho *carceles* de leña, agotado ochenta y seis mil quinientas fanegas de avena, consumido cuarenta mil libras de carbon, y comido 36,056 francos de dulces.

Once meses despues de estas fiestas, la gran duquesa dió á luz en el palacio Pitti un hijo, que recibió el nombre de Cosme, en memoria de su ilustre abuelo.

Desde este hijo comienza la decadencia de la casa de los Médicis: la hemos visto nacer con Juan de Médicis, prosperar con Cosme el Padre de la patria, florecer con Lorenzo el Magnífico, llegar á su apogeo con Cosme, ser respetada y poderosa con Francisco y Fernando; al presente la veremos declinar rápidamente con Cosme II, Fernando II, Cosme III y Juan Gaston, en cuyo tiempo debia extinguirse y desaparecer, no solo del horizonte político sino aun de la superficie de la tierra.

Cosme II, el mayor de los nueve hijos que Fernando habia tenido de Cristina de Lorena, heredó de su padre tres virtudes que reunidas en un soberano hacen la dicha de su pueblo: la generosidad, la justicia y la cle-

mencia. Es verdad que todo en él era sencillo, sin elevación, y mas bien el resultado de un natural bueno, que de un gran talento. Una admiración suprema por su padre, le condujo á imitarle en todo : hizo lo que pudo por imitarle, y por consecuencia, como hombre que marchaba detrás de otro hombre, ni pudo ir tan lejos ni subir á la altura de aquel á quien seguía.

El reinado que comenzó fué, pues, como el reinado que acababa de concluir, una época de bienestar y tranquilidad para el pueblo, por mas que fuese fácil de observar que el nuevo árbol de los Médicis habia gastado la mayor parte de su savia en producir á Cosme I, é iba debilitándose. Durante ocho años que Cosme II ocupó el trono de Toscana, todo fué una pálida copia de lo que durante veinte y un años habia sido el reinado de su padre : trabajó en las fortificaciones de Liorna como su padre habia trabajado en ellas : protegió las ciencias y las artes como su padre las habia protegido : continuó mejorando la sanidad de los terrenos pantanosos como su padre lo habia hecho. Por lo demas, como su padre Fernando y como su abuelo Cosme el Grande, Cosme II hizo todo lo que pudo para detener á la escuela florentina en su decadencia : dibujando él de una manera distinguida, favorecia sobre todo la afición entre los demas al arte de que se ocupaba principalmente ; lo cual no le hacia injusto ni con la escultura ni arquitectura, antes al contrario, las honraba de un modo visible, puesto que siempre que pasaba por delante de la Loge de Orcagna y delante del Centauro de Juan de Bolonia, hacia ir su carruaje al paso, diciendo que no podia separar sus ojos de aquellas dos obras maestras.

Así Pedro Tacca, discípulo de Juan de Bondonia, que habia acabado las estatuas de Felipe III y de Enrique IV, que su maestro no habia tenido tiempo de acabar, era

muy honrado en su córte, así como el arquitecto Julio Parigi. Pero sin embargo, como dejamos indicado, su mayor simpatía era por las pinturas : así su sociedad mas íntima y continua la componian Cigoli, Dominico Panignani, Cristóbal Allasi, Matthieu Roselli. Animaba mucho tambien á Jacobo Callot á que hiciese una parte de sus grabados ; á Gaspar Molle que grabase las monedas y medallas, en lo que sobresalia, y á Jacobo Antetti, célebre por sus incrustaciones en piedras muy compactas.

Y sin embargo, á pesar de lo que, como se ve, estimulaba las artes y las ciencias, todo lo que se hizo bajo su reinado en pintura y escultura, era de pintores y estatuarios de segundo orden ; y en las ciencias, el único descubrimiento un poco importante que señala su época, fué el descubrimiento por Galileo de los satélites de Júpiter, á los que este grande hombre, en reconocimiento de su perdon de destierro en Toscana, dió á aquellas estrellas el nombre de Médicis. Es que la tierra que habia producido tan grandes hombres y tan grandes cosas, comenzaba á agotarse.

Aunque padeciendo de la enfermedad de que murió, el gran duque Cosme II se empeñó en poner la primera piedra del ala que hacia añadir al palacio Pitti. Se llevó esta piedra á su cámara y fué bendecida en su presencia : el enfermo, con una llana de plata, la cubrió de cal, y fué depositada en lo mas profundo de las zanja abiertas, con una cajita que contenia medallas y monedas de oro y plata con el busto del moribundo y tres inscripciones latinas, las dos primeras compuestas por Andrés Salvadori, y la tercera por Pedro Vettori el joven. Apenas la pared que los cubria se elevó sobre la tierra, cuando Cosme II murió á la edad de treinta y dos años.

El hijo mayor de Cosme le sucedió bajo el nombre de Fernando II, pero como no tenia sino once años, se le pusieron por regentes durante su minoría, que debía durar hasta la edad de diez y ocho años, á la gran duquesa Cristina de Lorena, su abuela, y la archiduquesa Maria Magdalena de Austria, su madre. Esta regencia no ofreció nada de notable.

El primer cuidado de Fernando II al salir de la tutela, fué, en calidad de príncipe cristiano y como hijo piadoso, ir á reconocer en Roma á su compatriota Urbano VIII como jefe de la Iglesia católica, y pasar de allí á Alemania para recibir la bendicion de su tio materno.

En seguida volvió á tomar el gobierno de sus Estados.

Era cosa fácil por lo demas, en aquella época, como hoy, reinar en Toscana. La ciudad turbulenta de Farnata de los Huberti, y de Renand de los Albizzi habia desaparecido al ejemplo de aquellas ciudades que han sido sepultadas bajo la ceniza, y sobre las que se edificó una nueva ciudad, sin que desde el fondo de su tumba hagan aquellas un solo movimiento, exhalen un solo suspiro. Asi, á partir desde Fernando I, la Toscana, por decirlo asi, no ha tenido mas historia.

Es como el Rhin, que teniendo su origen en medio de los hielos y de los volcanes, despues de pasar en forma de cascada por Schaffouse, despues de correr sombrío, terrible, y mugiente sobre los profundos pozos de Bingen, entra en las montañas de Drackenfels, atraviesa las rocas de la Lorey, se ensancha, se encalma y se purifica en los llanos de Vesel y de Nimega, y va, sin llegar aun á la mar, á perderse en los arenales de Korkum y de Vandrellian. En esta última parte de su curso, es sin duda alguna, más útil y provechoso : y sin embar-

go, no se visita sino su nacimiento, y su cascada, y en aquella parte de su curso situada entre Maguncia y Colonia, es donde despliega toda la energia de su huida contra la tiránica opresion de sus riberas.

Asi el largo reinado del hijo de Cosme II se pasó, no en conservar la paz en sus Estados, sino en los Estados vecinos. Este se coloca entre la cólera de Fernando y el duque de Nevers amenazado por aquella : se esfuerza en conservar sus Estados al duque de Parma, Odoand ; protege la república de Luca contra los atentados de Urbano VIII y de sus sobrinos ; se interpone para reconciliar al duque Farnesio con el Papa ; en fin, se declara mediador entre Alejandro VII y Luis XIV : de manera que si alguna vez se preparó para la guerra, es cuando á todo precio quiso la paz ; y para llegar á este punto fué para lo que fomentó la marina, y obligó á hacer marchas y contramarchas á las tropas, y en fin, por lo que acabó las fortificaciones de Liorna y de Porto-Fer-
rajo.

Todo lo demas del tiempo lo dedicó á las ciencias ó á las letras. Galileo es su maestro, Cárlos Datti su oráculo, Juan de San Giovanni ; Pedro de Lortona, sus favoritos. El cardenal Leopoldo su hermano, le ayudó en la tarea artística que habia emprendido, como le ayudó en los cuidados de su gobierno. De todas partes son llamados, sábios, literatos y pintores : y no es por culpa de los dos hermanos que reinaban, por decirlo asi, juntos, el que la Italia comenzase á decaer, sino porque era demasiado vieja, y si los otros Estados respondian pobremente al llamamiento que se les hacia, es porque todavia eran demasiado jóvenes.

Hé aquí lo que Fernando y Leopoldo hicieron por las ciencias :

Fundaron la academia del *Cimento*, concedieron pen-

siones al danés Nicolás Henon, y al flamenco Tilman. Todavía enriquecieron á Evangelista Torricelli, sucesor de Galileo, y le dieron una cadena de oro de la que pendía una medalla con esta leyenda : *Virtutis premia*. Ayudaron en la impresion de sus obras al mecánico Juan Alfonso Borelli. Nombraron á Francisco Redi su primer médico. Aseguraron una pensión á Vicente Viviani, para que pudiera continuar libremente sus cálculos matemáticos sin ser distraído por las miserias de la vida. En fin, establecieron congresos de sábios en Pisa y Siena, para que la Toscana, condenada por su debilidad á no representar sino un papel muy secundario en los asuntos europeos, fuese, en compensacion la capital científica del mundo.

Hé aqui lo que hicieron por las letras.

Admitieron en su intimidad, lo cual para la raza desinteresada, pero orgullosa, de los poetas, es á la vez un estímulo y una recompensa, á Gabriel Chiabrera, Benito Floretti, Alejandro Ademari, Gerónimo Bartholomei, Francisco Rorai, y Lorenzo Lippi. En fin, constituian su sociedad habitual, Lorenzo Franceschi y Carlos Strozzi que Fernando hizo senadores : y Antonio Malatesti, Jacobo Godoj, Lorenzo Panciatichi, y Fernando del Maestro, que Leopoldo hizo sus chambelanes, y que llamaba á todas horas cerca de sí, aun cuando estuviese á la mesa, á fin de alimentar á la vez, decian ellos, su alma y su cuerpo.

Hé aqui lo que hicieron por las artes :

Hicieron elevar sobre la plaza de la Anunciacion la estatua ecuestre del gran duque Fernando I, empezada por Juan de Bologne, y concluida por Pedro Tacca.

Mandaron hacer á este último una estatua de Felipe IV, rey de España, cuyo presente enviaron á aquel príncipe.

Hicieron trabajar para la galeria de los Oficios, á Curradi, á Matthieu Bonelli, Manin Balani, Juan de San Giovanni, y Pedro de Cortona. Encargaron además á estos dos últimos la pintura al fresco de las salas del palacio Pitti.

Hicieron recoger en todas las ciudades donde se hallaban, y al precio que pidieron los poseedores, mas de doscientos retratos de pintores sacados por ellos mismos; y comenzaron de ese modo esa coleccion original que sola en el mundo posee Florencia.

En fin, hicieron comprar en Bolonia, Roma, Venecia, y hasta en la antigua Mauritania, todo lo que pudieron encontrar allí de estatuas antiguas y de cuadros modernos, y entre otras, la bella cabeza que se cree ser el retrato de Ciceron, el Hermafrodita, el Ídolo en bronce, y la obra maestra que hoy es todavía una de las mas ricas joyas de la Toscana, conocida con el nombre de la Venus del Ticiano.

Despues, como habian reinado juntos, los dos murieron casi al mismo tiempo y de la misma edad; el gran duque Fernando en 1670 á la edad de sesenta años, y el cardenal Leopoldo en 1675 á la de cincuenta y ocho años.

En el reinado de Fernando, y un dia antes del nacimiento de su segundo hijo, Colbert pasó á Florencia y se alojó en el palacio Pitti. Iba de enviado de Luis XIV á Roma, á fin de terminar algunas diferencias que se habian suscitado entre él y Urbano VIII.

Cosme III sucedió á Fernando. Era el tiempo de los reinados largos. El suyo duró cincuenta y tres años. Este período fué la época de la gran decadencia de los Médicis. El viejo árbol de Cosme I que habia producido once vástagos, se ha secado por el tronco, é iba á morir falto de sávia.

A partir del reinado de Cosme III, parece que Dios ha señalado el fin de la raza de los Médicis. No es el rayo popular ni la opinion pública lo que le amenaza, son los huracanes interiores y privados los que le consumen y le arrancan; hay una fatalidad que los hiere con su debilidad á los unos despues de los otros; los hombres son impotentes, ó las mujeres estériles.

Cosme III casó con Margarita Luisa de Orleans, hija de Gaston de Francia. La desposada, educada con su madre Victoria de Baviera, era tan altiva, tan inquieta y tan supersticiosa como Fernando II era afable, franco y liberal, con todos los defectos de su directora, y casi ninguna de las virtudes de su padre. Asi, al cabo de diez y ocho años, el gran duque Fernando no vivía con su mujer, á la que, en su natural indolencia, habia, como hemos dicho, abandonado la educacion de su hijo. Resultó de ahí que el jóven Cosme educado en la soledad y en la contemplacion, habia recibido una educacion de teólogo y no de príncipe, gracias á Bandinelli de Siena.

Su novia era una linda y alegre niña de catorce á quince años, de esa gran raza borbónica á la que dió mucha vida Enrique IV, del que era nieta. Habia sido educada en medio del estrépito de las guerras civiles. Todo lo que habia rodeado su cuna estaba rebotando ese ardor juvenil, peculiar de los estados que se desarrollan, y que desde Cosme I habia sido reemplazado en Toscana por la calma de la edad viril, y despues por la decadencia de la vejez. El gran duque Fernando fué el que desató este matrimonio, y Gaston lo llevó á cabo con placer; porque como él mismo le decia, era de la casa de Médicis; y á pesar de lo poquisimo que tenia de ella, se honraba muchísimo de ello.

Madama de Montpensier acompañó á su hermana hasta Marsella. Allí encontró al príncipe Matias que la

aguardaba con las galeras toscanas, y despues de recibidos los regalos de los desposorios, y dado el último adios, Luisa de Orleans subió á bordo de la galera capitana, y despues de tres días de navegacion, abordó felizmente á Liorna, donde le aguardaba, bajo arcos trinfales colocados de cien en cien pasos, la duquesa de Parma con un numeroso acompañamiento, en el que la jóven princesa buscó inútilmente á su desposado: Cosme se habia visto obligado á quedarse en Florencia detenido por el sarampion.

Luisa de Orleans, continuó pues, sola su camino hácia Pisa, y entró en aquella ciudad en medio de las inscripciones, las iluminaciones y las flores: despues se puso en camino, y en fin, encontró en la Ambrogiana á la gran duquesa, y al jóven príncipe que iba delante de ella, y un poco mas lejos el gran duque, el cardenal Juan Carlos y el príncipe Leopoldo. La entrevista fué una verdadera entrevista de familia llena de recuerdos del pasado, de alegría en el presente, y de esperanza para el porvenir. Este matrimonio, que debia romperse de tan singular manera, fué, pues, celebrado bajo los auspicios mas felices.

Apenas habian pasado dos meses, cuando la princesa empezó á manifestar una estraña repugnancia hácia su jóven esposo. Esta tenia un amor anterior á su venida de Francia, donde se habia enamorado de Carlos de Lorena, que era un arrogante y noble príncipe, pero sin patrimonio y sin infantazgo, de suerte que los dos pobres jóvenes habian confesado su secreto á la duquesa de Orleans, y he aquí todo. Pero la duquesa de Orleans era un débil apoyo contra la debilidad de Gaston y la firmeza de Luis XIV: decidido el matrimonio, era preciso que se llevase á cabo, y Cosme pagó la pena de todas las ilusiones de felicidad que su mujer habia perdido.

En efecto, apenas llegó al sombrío palacio Pitti, la máscara alegre con que el orgullo cubría el rostro de la desposada, desapareció. Bien pronto odió á la Italia y á los italianos : burlándose de todos sus usos, despreciando todas las costumbres, faltando á todas las conveniencias, no concedía su confianza y su amistad sino á los que la habían acompañado desde Francia y que en su idioma patrio podían hablarla de los recuerdos de su país. Cosme por lo demas, preciso es decirlo, era muy poco á propósito para hacer nacer en su mujer mejores sentimientos. Ascético, altivo, desdeñoso, no tenía ninguna de esas dulces palabras que extinguen el odio ó hacen nacer el amor.

Mientras tanto, el príncipe Carlos de Lorena llegó á la corte de Florencia : era diez y ocho meses despues de la muerte de Gaston de Orleans, es decir, hácia el mes de Febrero de 1662. La aversion de la jóven duquesa hácia su marido pareció aumentarse con la presencia del amante; pero como todo el mundo ignoraba este amor, nadie, ni aun quien estaba en ello mas interesado, concibió sospechas, y el duque de Lorena, recibido con los brazos abiertos, fué alojado en el palacio Pitti. Hubo mas : hácia el fin del año la jóven gran duquesa se declaró en estado interesante, y la mas viva alegría sucedió á la continua tristeza que desde su llegada se habia esparcido por la corte de Toscana. Es verdad que al mismo tiempo se aumentó su odio por Cosme, si era posible; pero Fernando respondió á las quejas de su hijo, que sin duda aquella antipatía era originada por el estado mismo en que se encontraba la duquesa : y por mas que aquel humor sombrío se aumentase todavía despues de la partida de Carlos de Lorena, Cosme tuvo paciencia, y en esto llegó el 9 de Agosto de 1663, época en la cual

la princesa dió felizmente á luz un hijo, que fué llamado como su abuelo, Fernando.

Como es de suponer, fué grande la alegría en el palacio Pitti, pero esta alegría fué bien pronto neutralizada por las disensiones domésticas, que fueron en aumento entre los dos esposos. En fin, las cosas llegaron á tal punto que el gran duque, atribuyendo las disputas á la influencia de las damas francesas que la princesa habia llevado consigo las volvió á enviar á Paris con un acompañamiento conveniente y ricos presentes, pero al cabo las despidió. Este acto de autoridad elevó al mas alto grado la cólera de la duquesa : su dolor se aproximaba á la desesperacion, hubo un rompimiento abierto entre los dos esposos. Entonces Fernando, por dar cierto colorido á esta separacion, aconsejó á su hijo un viage á Lombardía; pero al mismo tiempo escribió una carta de quejas á Luis XIV.

De cerca como de lejos, Luis XIV tenia la costumbre de ser obedecido : ordenó, y la esposa rebelde pareció someterse; tanto que hácia fin de 1666 se anunció oficialmente un segundo embarazo. Pero al mismo tiempo, y por una estraña casualidad que renovó los mismos rumores que habian corrido en la época del nacimiento del jóven duque Fernando, se habló de intrigas con un francés de baja esfera, y corrió el rumor de que la princesa debia huir con él. De este rumor resultó que se la vigilase mas atentamente; y una noche se la oyó por una de las ventanas del piso bajo del palacio Pitti, acordar con un jefe de bohemios un plan de evasion. Confundida entre las demas, vestida de gitana, debia huir con los miserables que llevaba consigo.

Semejante aberracion asombró tanto mas al gran duque, cuanto que la jóven princesa estaba en cinta de cuatro meses, sobre poco mas ó menos. Se redobló,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

pues, la vigilancia; pero entonces viendo que toda fuga era imposible, tuvo el horrible deseo para una madre, de provocar el aborto. Desde entonces ensayó el medio de llevar á cabo su proyecto, y para ello montaba á caballo, eligiendo los caballos mas duros de trote: cuando se los quitaron, iba á pie y en un día andaba siete millas en las tierras labradas: por último, cuando todos los medios de dañar á su hijo faltaron, volvió su odio contra sí misma, y quiso morir de hambre. Fué preciso toda la prudencia y la dulce persuasion del gran duque Fernando, para hacerla renunciar á este proyecto, y para irle conteniendo hasta al fin del embarazo, dando al cabo á luz á la princesa Ana María Luisa.

Entonces empleó el gran duque un medio que le habia ya salido bien; era este hacer emprender un segundo viage á su hijo, y escribir una nueva carta á Luis XIV. En efecto, hácia el mes de Octubre siguiente, cuando Cosme estuvo bien seguro que la antipatia de su mujer hácia él era siempre la misma, abandonó el palacio Pitti para viajar de incógnito por Alemania y Holanda; visitó á Lúspruck, descendió por el Rhin, habló, con gran satisfaccion suya, en latin el mas puro con los sabios holandeses y alemanes; encontró en Estrasburgo á la reina Cristina de Suecia, la felicitó por su abjuracion y volvió á Toscana, donde todo el mundo le recibió bien, excepto la gran duquesa.

Desesperado con esta mala acogida, volvió á partir al punto para España, Portugal, Inglaterra y Francia, y no volvió sino llamado por su padre moribundo, á ocupar el trono vacante por su fallecimiento; pero entonces la ausencia y las órdenes de Luis XIV produjeron su efecto. Un cambio en buen sentido se verificó entre los dos esposos, y el 24 de Mayo de 1671, aniversario del día en que Cosme subió al trono, la princesa dió á luz en el pa-

lacio Pitti un segundo hijo, que recibió en la pila bautismal el nombre de Juan Gaston, su abuelo materno.

Tan pronto como nació este niño, las disensiones conyugales volvieron á comenzar: pero entonces Cosme, que tenia dos hijos y no temia verse extinguirse su raza, perdida la esperanza de que la gran duquesa cambiase jamás de sentimientos con respecto á él, y cansado de ella, por último, como desde hacia muchos años ella estaba cansada de él, la permitió volver á Francia con condicion de que se retirara á un convento. El de Montmartre, del que Magdalena de Guisa era abadesa, se escogió de comun acuerdo: el 14 de Junio de 1676, la gran duquesa dejó, pues, la Toscana, y volvió despues de quince años de destierro, á su querida Francia. Mas apenas de vuelta en Paris, declaró que su marido la habia arrojado de su casa, y que no se creia obligado á cumplir la promesa de reclusion que, cediendo á la fuerza, le habian hecho: de modo que todo lo odioso de este negocio recaia sobre Cosme, al que todos los príncipes vecinos empezaron á despreciar á causa de su debilidad, y á quien sus súbditos comenzaron á odiar á causa de su orgullo.

Desde entonces todas las cosas cambiaron de una manera fatal para Cosme: era evidente que un mal genio influia sobre esta raza, de la que Dios retiró su proteccion, y que en lucha esta raza con él sucumbiria en la lucha. Perseguido por tristes presentimientos, apenas llegó Fernando á la pubertad le casó con Violante de Baviera, princesa virtuosa, pero estéril, esterilidad que debia servir al jóven gran duque de pretexto para sus desórdenes inauditos y reiterados, en medio de los cuales su salud perdió y se extinguió su vida.

Al primer anuncio de la esterilidad de Violante, Cosme se apresuró á casar á Juan Gaston su segun-

do hijo. Parte este al punto para Duseldorf donde debia casarse con la jóven princesa Ana Maria de Sajonia-Lowenbourg; pero á su llegada se vió grandemente contrariadó: en lugar de una mujer amable, graciosa y elegante, como la habia visto en sus sueños, halló una especie de amazona del tiempo de Homero, la voz áspera y rudas maneras, habituada á vivir en los bosques de Praga y en las soledades de la Bohemia, cuyos placeres únicamente eran las cabalgatas y la caza, y que habia contraído en las caballerizas, donde empleaba el mejor tiempo de su vida, la costumbre de hablar con sus caballos un lenguaje desconocido en la córte de Toscana. Pero no importa, Juan Gaston es bueno, sus simpatías particulares no deben entrar por nada cuando se trata de la felicidad de su pais. Sacrificase pues, y se casa con aquella nueva Antiope: mas ella, que traduce su amabilidad por debilidad, y su cortesía por humillacion, mira con desprecio á un hombre á quien considera como inferior á ella, y Juan Gaston humillado manda: la altiva princesa alemana se niega á obedecer, y entonces todas las querellas que han hecho triste el matrimonio del padre, vienen á asaltar la union del hijo. Cosme entonces por distraer sus pesares, sigue el ejemplo de su hermano Fernando, se entrega al juego y á las orgías, pierde al uno su patrimonio, gasta en las otras su salud, y bien pronto Cosme III recibe aviso de los médicos de que el estado de debilidad en que ha caído su hijo le quita toda esperanza de que pueda dar jamás un heredero á la corona.

Entonces el desgraciado gran duque vuelve sus ojos al cardenal Francisco Maria, su hermano, que no tenia mas que cuarenta y ocho años, y que por tanto estaba entonces en la fuerza de su edad. Este será el que haga reverdecir el árbol de los Médicis. Renunció el cardenal

á sus honores eclesiásticos, y á la probabilidad de ser Papa, y bien pronto se celebraron sus esponsales con la princesa Leonor de Gonzaga. Entonces reinaba la alegría en la familia; pero la familia está condenada por el destino. Las repulsas que el ex-cardenal ha mirado en los primeros dias de su matrimonio como los últimos combates del pudor, se prolongan mas allá del término ordinario. Francisco Maria comienza á apercebirse de que su mujer está decidida á no cumplir del matrimonio sino las ceremonias exteriores: emplea la autoridad paternal, llama en su socorro la influencia de la religion, ruega, conjura y aun amenaza, todo inútil: y mientras Fernando llora la esterilidad forzada de su muger, Francisco Maria anuncia á su hermano la esterilidad voluntaria de la suya. Cosme inclina su cabeza blanca, reconoce la voluntad de Dios, que ordena que hasta las cosas humanas mas grandes tengan su fin: ve la Toscana colocada entre la altivez del Austria y las ambiciones de la Francia: quiere volver á Florencia su antigua libertad para salvarla de aquel doble peligro exterior: encuentra apoyo en la Holanda y la Inglaterra; pero encuentra obstáculos en las potencias y aun en la Toscana misma, que demasiado débil ya por aceptar aquella libertad que tanto habia echado de menos, la rechaza y pide tranquilidad aunque fuese acompañada de despotismo: ve morir á su hijo Fernando, despues á su hermano Francisco, y muere por fin él, despues de haber, como Carlos V, asistido no solo á sus propios funerales, sino tambien, como Luis XIV á los de toda su familia.

El edificio que habia empezado á inclinarse en el reinado de Fernando II, se hundió bajo el de Cosme III. Altivo, supersticioso y pródigo, este gran duque se enagenó el pueblo por su orgullo, por la influencia que

daba á los sacerdotes, y por los impuestos excesivos con que recargaba á sus estados para enriquecer á los cortesanos, dotar las iglesias, y hacer frente á sus propios gastos. Bajo Cosme III todo llegó á ser venal: quien tenía dinero compraba los oficios; el que tenía dinero compraba los hombres; el que tenía dinero, en fin, compraba lo que los Médicis no habían vendido jamás, la justicia.

En cuanto á las artes, las sucedió lo que á todo lo demás: sufrieron la influencia del carácter de Cosme III. En efecto, para este último gran duque, ciencias, letras, estatuaría y pintura, no eran sino una de tantas cosas como podían lisonjear su orgullo y su vanidad inagotable. Hé aquí por qué no se produjo nada de grande en su reinado. Pero á falta de producciones contemporáneas, Pedro Pallonero y Lorenzo Magalotti interesaron felizmente su amor propio para continuar en la galería de los Oficios la obra de Fernando y del cardenal Leopoldo.

En consecuencia Cosme reunió todo lo que su padre y su tío tenían preparado con este objeto, y añadió todos los cuadros, todas las estatuas, todas las medallas que él heredó de los duques de Urbino, de la casa de Rovera, obras maestras, entre las cuales se halla el busto colosal de Antinoo, é hizo llevar todo con gran pompa á aquel magnífico museo, de cuyo enriquecimiento todos se vanagloriaban, aunque los tesoros que reunió sucesivamente fuesen menos debidos á la generosidad que al orgullo.

El gran duque Cosme III tenía por divisa un navio en el mar guiado por las estrellas de los Médicis, con esta leyenda. — *Certa fulgent sidera*. — Es curioso que esta divisa se escogiese precisamente en el momento en que las estrellas iban á cesar de brillar, y cuando el navio iba á zozobrar.

Los toscanos veían con espanto llegar á Juan Gaston al poder. Sus desórdenes por mas que se ocultasen en sus salones del piso bajo del palacio Pitti, se habían vislumbrado fuera, y se hablaba de voluptuosidades monstruosas que recordaban las de Tiberio en Caprea y las de Enrique III en el Luvre. Como el tirano antiguo, y como el Heliogábalo moderno, Juan Gaston tenía á la vez una turba de cortesanos y un mundo de favoritos, sacados los unos y los otros de las clases bajas de la sociedad. Todos ellos recibían un salario fijo; pero que podía aumentarse segun la novedad de los placeres que procurasen á su señor. Se creó un nombre nuevo para esta cosa nueva. Se llamaban las mujeres *ruspante* y los hombres *ruspanti*, del nombre de la moneda de oro con que se les pagaba, y que se llamaba *ruspone*. Todo esto es tan atroz, que parece increíble. Pero las memorias de aquel tiempo todas están contestes, todas son acusadoras, todas justifican en el estilo cínico de aquella época, los mil episodios de aquellas saturnales que se creían caprichos de la fuerza, y que no eran sino la desvergüenza de la degradacion.

Así, cuando Juan Gaston subió al trono, todo había muerto á su alrededor, y él mismo estaba muerto. Sin embargo, despertó un instante á vista del peligro que corría el alegórico navio que su padre había escogido por armas, y reunió todas sus fuerzas para luchar contra la desesperada situación en que se hallaba; apenas fué nombrado gran duque arrojó de su corte á los vendedores de oficios, los prevaricadores y los espías: la pena de muerte, tan frecuentemente aplicada por su padre, pero que no se ejecutaba sino en los pobres, puesto que los ricos se libraban de ella por dinero, fué á poco abolida casi del todo. Obligados á renunciar al trono por haber perdido la esperanza de tener descen-

dencia, hizo al menos todo lo que pudo para que la Toscana, al mismo tiempo que reservaba su derecho frente á Carlos V y Clemente VII, pudiese escogerle un sucesor elegido en su propio seno, y por consecuencia sustraerse á la dominacion estrangera, que la amenazaba. Pero los ministros de Francia, de España y Austria, anularon este resto de voluntad, y viviendo todavia Gaston le dieron por sucesor, como si hubiese muerto, al principe don Carlos, que parecia efectivamente por su abuela Maria de Médicis, tener derechos al trono de Toscana: y en virtud de esta decision, el 22 de Octubre de 1731, Juan Gaston recibió del emperador una carta en que le anunciaba la eleccion hecha por las potencias, y que ponía al principe don Carlos bajo su tutela. Juan Gaston rasgó la carta, y la arrojó lejos de sí murmurando: Si, si, me hacen la gracia de nombrarme como tutor, y me tratan como si fuese su pupilo. Pero cualquiera que fuese el dolor de Gaston, le fué preciso someterse; inclinó su frente, y aguardó á su sucesor que, protegido por la flota anglo-española, entró en el puerto de Liorna en la noche del 27 de Setiembre de 1731. Juan Gaston habia luchado nueve años, y era todo lo que se podia exigir de él.

Juan Gaston esperó al jóven gran duque en el palacio Pitti y le recibió sin dejar su cama, mas por ahorrarse las formalidades de etiqueta, que á causa de sufrimientos rea.es. Don Carlos era un jóven de diez y seis años, bello como un Borbon, y generoso como un Médicis, franco como un descendiente de Enrique IV. Juan Gaston que hacia largo tiempo no era amado de nadie, y que no obtenía sino á precio de oro la apariencia de la amistad ó del amor, se aficionó á aquel jóven que rechazó en el primér momento: de suerte, que cuando fué llamado por la conquista de Nápoles al reino

de las Dos Sicilias, Juan Gaston vió con lágrimas de dolor marchar al que viera llegar con lágrimas de vergüenza.

El sucesor nombrado á don Carlos, fué el principe de Lorena. El gran ducado de Toscana le habia sido concedido como indemnizacion de sus Estados definitivamente reunidos á la Francia. Juan Gaston conoció esta última decision cuando ya estaba tomada; ni aun se le habia consultado sobre la eleccion de su heredero, de tal modo se le miraba ya, no solo borrado de la lista de los principes, sino aun de la de los vivos. Y en efecto, habia razon para ello: porque minado por los desórdenes, encorvado por los dolores, herido por tanta humillacion, devorado por su impotencia, Juan Gaston iba muriéndose cada dia. Despues de largo tiempo sus enfermedades no le dejaban sostenerse de pié; pero para retardar al menos tanto como pudiese, el momento en que deberia acostarse para no levantarse jamás, se hacia conducir en un sillón de habitacion en habitacion.

Sin embargo, algunos dias antes de su muerte, Juan Gaston se sintió mejor, y por un fenómeno particular de ciertas enfermedades, las fuerzas le volvieron en el momento en que iban á abandonarle para siempre. Juan Gaston se aprovechó de ellas para presentarse desde las ventanas del palacio Pitti á aquel pueblo que habia comenzado por despreciarle, y que habiéndole temido despues, habia concluido por amarle, y que se apiñaba todos los dias en la plaza para tener noticias suyas. A su inesperado aspecto, resonaron grandes gritos de alegría, aquellos gritos eran un bálsamo para el lacerado corazón del pobre moribundo. Tendió sus manos llenas de oro y plata al pueblo que le daba esta prueba de cariño, no pensando que, jamás podría pagar el momento de felicidad que la Providencia le concedía.

Pero sus ministros que economizaban ya para su sucesor, le reprendieron aquellos gastos locos, y entonces, no pudiendo ya dar so pena de ser llamado pródigo Juan Gaston dijo al pueblo que compraria en adelante todo lo que se le quisiera llevar. En consecuencia, en la noble plaza del palacio Pitti, se estableció un mercado extraño, una feria que antes no se habia visto. Todas las mañanas Juan Gaston bajaba con gran trabajo la doble escalera que conduce á las ventanas del piso bajo, y compraba á precio de oro lo que se le llevaba, cuadros, medallas, objetos de arte, libros, muebles, todo en fin, porque este era el medio que su corazon le habia sugerido de volver al pueblo una pequeña porcion del dinero que se le habia arrancado por las exacciones de su padre. En fin, el 8 de Julio de 1737 cesó de aparecer en aquella ventana tan conocida, y al dia siguiente se anunció al pueblo que Juan Gaston habia exhalado el último suspiro.

Con este último suspiro terminaba la gran raza de los *Médicis* que habia dado ocho duques á la Toscana, dos reinas á la Francia, y cuatro papas al mundo.

Ahora pedimos perdon á nuestros lectores de haber dado á propósito de un palacio, la historia de una dinastía. Pero esta dinastía se ha estinguido, nadie habla de ella, las paredes dentro las cuales vivió son mudas, y nadie le viene á decir al viagero, cuando visita aquellas lindas habitaciones cuyos artesonados están cubiertos de obras maestras : Aqui corrieron las lágrimas, alli corrió la sangre.

Hemos creído, pues, que era preciso dejar á los álbums de los viajeros, á los guias de los estrangeros, el cuidado de enumerar los Perugino, los Rafael y los Miguel Anjel que encierra el palacio Pitti, el mas rico palacio del mundo acaso, por lo que respecta al arte, y que

nos sería preciso tomar una tarea mas alta, encargándonos de la historia política de este palacio.

De este modo el viagero podrá comparar lo pasado con lo presente, los maestros antiguos con los nuevos, la Toscana de otro tiempo con la Toscana de hoy; y esta comparacion nos evitará con respecto á la casa de Lorena que ha sucedido á la gran casa de Médicis, un elogio que pudiera tomarse por adulacion, aunque un pueblo entero da fe de que nos hemos quedado aun muy inferiores á la verdad.